



HABLEN LAS CARTAS

Por la Srta. Elisabeth Bennet

ADULTO

ADULTO

Hablen las cartas

Por la Srta. Elisabeth Bennet

Una cubre-tetera. Podríamos pensar que debajo de ella encontraríamos el rostro de un Igor Voronovski con la dentadura llena de piezas de oro y el rictus de aquel que por descuido bebió lo que no debía en el café equivocado. Pero no. Debajo de la cubre-tetera está el señor Eulogio.

Pese al secreto que ronda el levantamiento del cadáver, la misteriosa muerte no pasa desapercibida en el pueblo por dos razones: la primera es que es muy extraña – han encontrado el cuerpo enganchado al horno con la cabeza asada-; la segunda es la cubre-tetera que cubre el cráneo - ¿Quién demonios tiene una cubre-tetera en casa? Pitido tras pitido de *Whatsapp*, este es el rumor que ameniza la vuelta del instituto en el autobús de la ruta. Al llegar a la parada, salgo corriendo a la calle San Sebastián a contárselo todo a mi abuela Fernanda. La emoción puede al hambre. No es que no pueda contarle en casa en una sobremesa agradable en la que comentar los acontecimientos más importantes del día con mis padres. Es que ella es especial. Ella es el recipiente de mis anhelos y frustraciones, mi confidente, mi *puching* de achuchones.

Cuando llego a su casa, la encuentro en la cocina. No en la cocina de guardar. Esta, como el salón formal, está destinada a mostrar a las visitas qué muebles tan asombrosos ha podido comprar con sus escasos posibles. La cocina de diario está en una habitación aneja al patio. Vive en una de esas casas típicas de Ajalvir de fachada estrecha y fondo infinito. Al recorrer el largo pasillo ya empiezo a oler las rosquillas. Ella es así. Pasa los ratos libres haciendo rosquillas para ella, para nosotros y para todo el vecindario. Ni por San Blas ni por San Isidro. En esta casa todos los días son una gran ocasión para hacer rosquillas. En el súper, el señor Pepe siempre le guarda una estantería de gaseosa *armisen* para que a ella nunca le falten provisiones en su arsenal.

No hay que asociar el vicio repostero con la visión de una abuelita apacible en su mecedora, liada con su ganchillo y su punto de cruz. A ella lo que le van son los deportes de riesgo como la petanca, el lanzamiento de ajos, las cartas y el bingo del hogar del jubilado; que si bien en este último hay un componente de azar lo que importa es que exista la posibilidad de ganar, y ella es una ganadora.

¡Una cubre-tetera! - Vocea ella antes de que pueda alcanzar la primera rosquilla que asoma del cuenco. - ¿Te lo puedes creer? ¿Qué pretendían exactamente? ¿Conservar el calor para que le siguieran bullendo las ideas?

No soy una adelantada. En el pueblo la noticia ha circulado más rápido y es ella quien me da los detalles. Lo encontró la Paca en la cocina, con la cabeza en el horno y esa dichosa cubre-tetera salida de dios sabe dónde.

La Paca es la mujer del señor Eulogio. La viuda del señor Eulogio. Es amiga de la abuela de toda la vida. O al menos compañera de tertulias. En invierno quedan para merendar rosquillas con café y hacer trajes a cualquiera que no sean ellas. Con la caída del sol de las tardes de verano, salen con sus sillas a la puerta de alguna de sus casas a tomar la fresca y preguntar a los jovencitos que de quién son y a dónde van; no vaya a ser que con el cambio generacional pierdan el hilo de lo que ocurre en el pueblo.

La famosa cubre-tetera da para muchos chismorreos, pero poco a poco la rutina y la falta de avances en las investigaciones la relegan a una anécdota que surge entre botijo y botijo en los vermús del Manolo.

- Una lástima, hija. ¡Tan joven! Con esas palabras me recibe la abuela unas semanas después. Como siempre, ella es la primera en enterarse de cualquier gran acontecimiento.

Roberto, o lo que queda de él, un gran deportista y corredor ha aparecido muerto en las vaguadas de los cerros. Un trágico accidente. Desde hace años, Roberto sale a correr todas las tardes por el camino de Paracuellos. Eligiendo los caminos adecuados, puedes dar una vuelta de diez kilómetros sin volver sobre tus pasos. Ese día elige la ruta equivocada. Algo ha debido de ocurrirle, un síncope, un paro cardíaco. En mitad de su rutina de entrenamiento Roberto se ve tendido sin sentido en el paso de la segadora. Nadie se percata de su presencia entre el grano alto. Las causas de la muerte quedan en suspenso. Es difícil recabar pruebas cuando los restos han sido espolvoreados por las tierras de cultivo.

Tañen las campanas, el pueblo está en luto. Pasa un tiempo y nadie se atreve a recorrer los cerros. Por lo menos, no hasta que termine la siega.

La muerte de Paco es mucho mejor aceptada. Hombre de edad, es famoso por su mala leche. Y esta ha debido de jugarle una mala pasada. O se ha ido por el otro lado o se ha agriado en su estómago. Paco muere atragantado mientras merienda. De Paco conozco más su fama que su persona. Alguna vez he coincidido con él al ir a

animar a la abuela a los torneos de petanca. No es que a ella le haga falta. Cuando pisa la arena se convierte en Xena la Princesa Guerrera lanzando bolas de dragón. Es imbatible y Paco tiene muy mal perder. Tras cada torneo, se tiran meses cruzándose un hola desganado cuando se cruzan por la calle.

- ¡Ay que ver, querida! Para que luego digan que el karma no existe. Entre los dos no sumaban los méritos de medio hombre decente-. Y así es como mi dulce abuelita me comunica otra tarde el fallecimiento de Gregorio. Goyo para los amigos. Compañero de juergas, cubatas y partidas de Paco.

Goyo es un gran conversador con sus conocidos y el terror de sus allegados. Siempre formula las palabras adecuadas para recibir un agradecimiento de vuelta, pero desde hace años tiene muchos problemas en su comunidad de vecinos. Ello es debido a su reticencia a que el virus de la civilización se expanda por sus posesiones y a que tiene un ego que no le cabe dentro de su estupidez, que es cercana al infinito. Y allí es donde lo encuentran. No en el infinito sino en la piscina de la comunidad; flotando con sus pies apuntando al fondo. En seguida todos los focos apuntan a sus vecinos. ¿Pero a cuál? A lo largo del tiempo, pocos se han salvado del halago de un agravio por parte del nuevo habitante de la piscina.

Mucha gente murió ese año en el pueblo. En su mayoría enfermos y ancianos. La vejez y la enfermedad ocupan los primeros puestos en las causas de muerte a escala mundial. Es común escuchar las campanas dos o tres veces al mes anunciándonos que un vecino nos ha abandonado. Que ya no estará con nosotros. Y las muertes extrañas e inexplicables se mezclan con todas las demás y pasan al olvido de los justos. A ese en el que sólo recuerdas lo mejor de cada uno para darle las gracias por los momentos compartidos.

Así vuelan los días hasta las fiestas de San Blas. Ya nadie les hace mención si no es para recordar alguna anécdota feliz de la que fueron partícipes. El pueblo está de fiesta.

Voy con mi peña a los encierros y al vermú. Al baile. Nos ponemos a la fila de las gachas. Comemos besugo en el Julito. Y, como no, acudo al torneo de mus del Miguel a ver jugar a mi abuela.

Cruzo la puerta y de repente ocurre. Hay una ventana que se cierra en la vigilia. Es el escaparate de nuestro subconsciente. Sin embargo, al cruzar el umbral del bar se abre de golpe y lo veo todo claro. Estaba allí desde el principio.

Eulogio, Roberto, Paco, Goyo. Los cuatro grandes jugadores que año tras año se

alternan la victoria del torneo. Sus sillas vacías ocupadas ahora por incautos querubines que no están preparados para la guerra.

Y entonces me fijo en ella. Preparada, con sus cartas sobre el tapete y una cesta de rosquillas a sus pies, lista para ser repartida entre los contendientes como ofrenda de paz cuando finalicen las partidas. Nuestras miradas se cruzan y ella me devuelve una sonrisa tierna y cómplice. Una que sólo ella y yo compartimos. Sus ojos desprenden ilusión y gozo. Hoy no tiene rivales. Hoy luce el semblante de una triunfadora.